

## LA IMAGEN SIMBÓLICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA ANTIGÜEDAD

### *The symbolic image of the Iberian Peninsula in Antiquity*

DOMINGO PLÁCIDO

*Dpto. de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid.*

RESUMEN: El autor analiza los mecanismos de creación simbólica de los antiguos en cuanto expresión de las relaciones entre la realidad y las estructuras sociales con que los hombres explotaron el territorio. Así, los símbolos que caracterizan la imagen del territorio hispano se gestan durante el desarrollo del mundo colonial, representados sobre todo por la figura de Hércules, y van integrándose progresivamente en formas de pensamiento tendentes a la racionalidad. De tal forma, sin abandonar sus aspectos fantásticos, van configurando imágenes nuevas que contribuirán a la formación del marco ideológico del imperialismo y actuarán en adelante como instrumentos de control en los procesos de cambio hacia la nueva sociedad medieval.

ABSTRACT: D. Plácido analyses the process of symbolic creation of ancients inasmuch as it expresses the relation between reality and social structure used by men to exploit the territory. Thus the symbols that typify the image of the Hispanic territory, represented particularly by the image of Hercules, originated during the colonial world but gradually were integrated in forms of a rational thought. Therefore, while keeping its fantastic aspects, there were configuring new images that will contribute to the formation of the ideological frame of imperialism and will act as a way of control in the process of change to the new medieval society.

Como afortunadamente las vías por las que avanza el conocimiento científico no son sólo unidireccionales, sino que toman sentidos aparentemente contradictorios y torcidos, como la misma escritura divina, ahora resulta que la especialización, según se hace más intensa, se va revelando cada vez más necesitada de la

interdisciplinaria. De este modo, cuando una línea de investigación coherente llega a alcanzar grandes cotas de profundidad, sólo puede seguir adelante si acude a la cooperación. Así ocurre con los distintos instrumentos que se han utilizado recientemente con el fin de conocer a fondo el territorio antiguo. Sólo la cooperación entre los estudios cartográficos, arqueológicos, numismáticos y epigráficos podrá permitir que se conozca el modo de aprovechamiento, de distribución y de percepción del espacio por parte de los antiguos. Es probable que aquí, dado el carácter específico del tema tratado, el protagonismo deba de estar, con el reconocimiento de todos, en manos de la arqueología, pero todos los demás estudios favorecerán la visión completa y total que se pueda alcanzar acerca de la cuestión. Entre ellos se incluye sin duda el análisis de las fuentes literarias.

Ahora bien, para adquirir una nueva rentabilidad en la cooperación, es preciso dar un nuevo enfoque a los métodos. Es necesario admitir que hay un determinado tipo de colaboración que ha alcanzado su tope, el que consiste en buscar la constatación de lo que dice un autor antiguo en el hallazgo arqueológico más o menos fortuito o en tratar de explicar determinado yacimiento con la mención específica de una fuente. Poco y poco útil es lo que puede obtenerse de estos métodos. El resultado más significativo, desde el punto de vista exclusivamente metodológico, ha consistido en invalidar a los escritores antiguos porque la arqueología no confirmaba sus relatos o localizaciones, con una visión un poco limitada de la forma en que se expresan literariamente los humanos, o en intentar dar credibilidad a toda costa a las afirmaciones de los textos, sin tener en cuenta las condiciones históricas en que sus autores se movían.

Para poder acceder a nuevas etapas en el avance del conocimiento a través de la cooperación entre disciplinas instrumentales y, en concreto, para colaborar a la comprensión del territorio en relación con los estudios cartográficos y arqueológicos principalmente, es preciso que el análisis de los textos prescindiera de la idea de que lo dicho se expresa en la objetividad ideal y que, en cambio, se busquen las condiciones históricas y estéticas del texto, sin que ello quiera decir que el reconocimiento de los condicionantes lo invalide. Por ello, importan los intentos de penetrar en los mecanismos de creación simbólica de los antiguos, para poder provocar un acercamiento a las relaciones entre símbolo y realidad y, en concreto, entre símbolo y territorio, de donde surja la posibilidad de conocer la realidad, tomada como relación entre la materialidad y los símbolos con que los hombres la asimilan. En efecto, la asimilación simbólica se convierte asimismo en acción eficaz sobre la realidad, al concebir una imagen capaz de provocar actuaciones e intervenciones o rechazos, dado que la imagen simbólica se configura cuando lo material atraviesa las mentes de los hombres organizados en sociedad. Sólo la imagen simbólica traduce la relación entre la materialidad y las estructuras sociales a través de las cuales los hombres la explotan. Así ocurre con el territorio y, en concreto, con el territorio peninsular, pues su explotación material se lleva a cabo de manera mediada, por unos hombres impulsados o coaccionados por símbolos derivados de la inclusión del territorio en el escenario visual de los pueblos organizados a través de determinadas formas de estructura social. Por todo ello, la cooperación entre ciencias e instrumentos debe situarse en los objetivos, en lo que se quiere conocer, y no en los

pasos concretos dados por cada disciplina. Aquí de lo que se trata es de conocer la imagen del territorio de la Península Ibérica en la Antigüedad, la relación entre territorio y sociedad, y a ello puede colaborar el estudio de los símbolos transmitidos principalmente en los textos de la literatura antigua.

La fuerza del símbolo, por otra parte, se hace evidente con sólo arrojar un vistazo sobre el conjunto de la creación literaria. En ella se observan las imágenes más primitivas, la conservación y la adaptación de las mismas a lo largo de toda la historia de la presencia colonial y de la intervención romana, del imperio en su formación y en su evolución, pues las imágenes inicialmente creadas se transforman en el elemento ideológico simbólico de la continuidad que hace eficaz la forma de arraigarse buscada por los mismos sistemas de intervención, pero que muestra además su ductilidad en el momento en que lo viejo trata de adaptarse a lo nuevo, para cobrar nuevo valor consolidándose en un pasado prestigioso, con la fuerza propia del mito y de las leyendas heroicas, constantemente renacidas para servir de fundamento a las novedades. Sin embargo, lo simbólico no es sólo lo legendario o lo mítico, pues es bien sabido que también un texto historiográfico o geográfico se llena de símbolos para cumplir una función similar, desde el momento en que se quieren justificar las intervenciones imperialistas a través de la descripción antropológica de los pueblos limítrofes o se trata de dar un retrato positivo de quien ha triunfado en una guerra civil. Sólo es preciso tratar de averiguar cuál es el grado de utilización simbólica que diferencia a Estrabón o César de Estesícoro o Silio Itálico, para que todos ellos colaboren a configurar la idea que los antiguos se hacían del territorio de la Península Ibérica.

La capacidad de adaptación de las representaciones simbólicas del mundo a los cambios que se producen históricamente tal vez haya que explicarla por la naturaleza misma de su origen, pues no parecen pretender el reflejo de un momento estático, sino, muy al contrario, la representación del cambio. Por ello, las primeras obras de la literatura griega, en esa ductilidad propia de la creación colectiva, también muestran un carácter atemporal que les permite incluir en la misma narración rasgos de distinta época, lo que hace posible integrar el pasado en el presente desde los orígenes mismos de tales representaciones simbólicas. De este modo, los poemas homéricos, en los orígenes del arcaísmo, refieren sus temas al pasado heroico, en los últimos momentos del mundo micénico, en la crisis de una realidad que se revela así en su transitoriedad dramática. La nueva época coloca allá sus símbolos, para adquirir prestigio y para justificar también los cambios, pues, como en toda época de renacimiento, los hombres del origen del arcaísmo están convencidos del carácter positivo de los mismos, por muy dramáticos que resulten. La *Odisea*, donde se abren de manera consciente las preocupaciones por los viajes por el Mediterráneo, no revela con facilidad informaciones sobre puntos concretos de la geografía real<sup>1</sup>, pero ya contiene referencias de un profundo sentido simbólico, la presencia del Océano, sobre

1. Para una síntesis de la cuestión, con una actitud tal vez demasiado pesimista, ver C. JACOB, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París, A. Colin, 1991, págs. 16, sigs.

todo en los cantos X y XI, en la aventura situada en la isla de Eea, en la que habitaba Circe, desde donde el héroe emprende el camino hacia el Hades y a las tierras en que nunca luce el sol, mar simbólico de los extremos del mundo, que no se puede atravesar si no se tiene una nave bien construida (XI, 159). Sin embargo, los lugares mencionados contienen referencias tanto a oriente como a occidente, pues en Eea está la casa donde habita Aurora y allí se sitúa la salida del Sol. El Océano aparece como límite, símbolo de los extremos del mundo, más allá del cual se encuentran los lugares de lo desconocido, igual que en IV, 568, donde sirve de límite del Elisio. También se halla lejana en el mar la isla de Ogigia (VII, 244), donde vive Calipso, que Hesíodo, en *Teogonía*, 359, incluye entre las hijas de Océano<sup>2</sup>.

Aquí se hallan los límites de la tierra, los *peírata gaíes* (IV, 563), el mismo lugar donde la *Iliada* (XIV, 200-204) sitúa a Crono una vez derrotado por Zeus, símbolo de la exclusión de la generación de los dioses vencidos por los olímpicos. Son los márgenes del mundo habitado, de la ecúmene, del territorio al que pueden acceder los griegos de las ciudades. Antes también habían ido a parar al Océano, según el canto de Orfeo de *Argonáuticas*, I, 496-511, los dioses de la generación anterior que habían sido derrotados por Crono y Rea. La sucesión por la que se llega al predominio de los olímpicos va descartando a los vencidos y relegándolos al mundo de las *eschatíai*, símbolo en parte del pasado superado de los siglos oscuros, en parte de las divinidades ctónicas, que a pesar de todo subsisten en los cultos de muchas ciudades griegas, eso sí, habitualmente vinculados a sacrificios cruentos de rasgos primitivos, poco integrados en el mundo de los cultos oficiales de la *pólis*.

En efecto, más allá están las *eschatíai*, lugares donde habitan los feacios (*Odisea*, IV, 205), con quienes no se mezclan los mortales. Sólo llega el héroe Odiseo, modelo de navegantes. Ahora los habitantes de la *eschatía* muestran la otra cara, la de la hospitalidad, que resultará igualmente rica, como alternativa a la ferocidad, en la representación simbólica de los mundos lejanos.

También la *Teogonía* se refiere con frecuencia a los extremos del mundo, donde está la sede de Atlas (518) y la de Briareo (622), personajes pertenecientes igualmente al mundo preolímpico. Sin embargo, la más productiva de las genealogías referentes al Océano es la de Ponto (233-336), donde se incluyen las Gorgonas, que habitaban más allá del Océano, donde están las Hespérides. Gracias a las hazañas del héroe Perseo, murió la única de ellas que era mortal, Medusa. A la misma rama pertenece Equidna, mitad serpiente, mitad doncella de hermosas mejillas, donde se mezclan lo peligroso y lo atractivo propio de los viajes coloniales a tierras lejanas que se inician ya sistemáticamente en la época de los orígenes de la poesía. La institucionalización de la ciudad y del panteón olímpico relega y deforma a los personajes del mundo religioso primitivo, en tiempos en que las relaciones de los viajeros con las mujeres indígenas se hacen necesarias y peligrosas, como lo eran los viajes mismos. Por ello se manifiesta de modo contradictorio, atractivo y monstruoso.

2. Ver nota de J.B. HAINSWORTH, en ed. de Lorenzo Valla-Mondadori, 5ª ed. 1991.

Perseo es desde luego un héroe civilizador, destructor de monstruos, pero ese papel estará especialmente bien representado por Heracles, héroe que también incorpora en sí mismo la historia de la humanidad, cazador primitivo y fundador de ciudades, en condiciones óptimas para integrarse en la nueva visión del mundo arcaico, con el peso de las tradiciones más venerables, las que unen al hombre a su pasado. Es Heracles, en efecto, el héroe que marca mejor y de modo más trascendental la imagen del extremo occidente en el imaginario de los griegos. Aquí es donde se ven con más claridad las huellas de la función simbólica del mito, entre el pasado y el presente. Según Hesíodo, en *Trabajos*, 156-165, los aedos tienen como misión cantar a los héroes que perecieron en la guerra ante Troya, pero también a los que se hallan junto al Océano, en los extremos del mundo, al guerrero y al viajero. De este modo, en los orígenes del arcaísmo, junto a la guerra hoplítica, que trata de representarse simbólicamente, en la pintura y en la poesía, como guerra heroica, también resulta de gran trascendencia en la formación de la ciudad el viaje que sirve para crear las estructuras del mundo colonial. Así se configuran los ciclos viajeros que tienden a esquematizarse, pero que, en sus formaciones menos elaboradas, aparecen como un amplio campo de acción en que se integran los viajes variados, de diferente signo, sin una orientación realista, sólo tendentes a reflejar las preocupaciones por el viaje mismo. Así aparece el Océano rodeando Europa por el norte, entre el mar Negro y la península Ibérica, con ánimo de enmarcar en una sola entidad el mundo conocido de la ecúmene, de extremo a extremo.

Pero la creación de las nuevas narraciones de los viajes se encuentra con una tradición muy elaborada sobre preocupaciones primitivas, como la muerte, factor determinante sobre todo en referencia al ocaso, donde muere el sol, lo que facilita la identificación de los viajes a occidente con los viajes al Hades<sup>3</sup>, situado en la *Odisea* más allá del Océano. Pero también se hallan presentes las preocupaciones específicas del momento histórico, que orientan las formas como se configuran en lo concreto tales concepciones generales, pues es el momento en que se organizan grupos compactos, en un proceso de integración que lleva consigo al mismo tiempo la exclusión, la evacuación de grupos, o de sus imágenes representativas, hacia los extremos. Las nuevas creaciones simbólicas relacionadas con el mundo colonial son, igualmente, viejas y en ello fundamentan su carácter venerable, el que da solidez a los nuevos viajes cargados de riesgos y peligros. Los nuevos viajes se identifican con hipotéticos viajes heroicos, donde lo importante es el control de la muerte y de los mundos marginales, de Hades y de Circe, de Cronos o de Atlas.

Desde Hesíodo, *Teogonía*, 287-294, Heracles llega al Océano para robar las vacas de Gerión, hijo de Crisaor, en la isla de Eritía, en el Océano. También en Hesíodo, junto a Atlas se encuentran las Hespérides, guardianas de las manzanas de oro objeto de otra de las pruebas a que se ve sometido el héroe. En una versión distinta de la épica fragmentaria, como la de Pisandro de Camiro, Heracles

3. C. JOURDAIN-ANNEQUIN, *Héraclès aux portes du soir*, París, Les Belles Lettres, 1989.

pudo atravesar el Océano gracias a la copa del sol que aquél mismo le ofreció, en una narración en que el héroe se identifica en su viaje con el recorrido del astro solar, que recibía culto en la isla de Rodas, donde se halla Camiro, ciudad natal del poeta. También Paníasis se refería a la copa del sol, según Ateneo (XI, 469d) y Macrobio (*Saturnales*, V, 21, 19), y menciona Eritía, que Macrobio identifica como *Hispaniae insulam*.

Así, el héroe que viaja al ocaso, identificado con el Océano, límite de los extremos del mundo, se encuadra en una tradición donde se incluyen los marginados. Crono y Briareo serían los titulares previos de las columnas que habitualmente aparecen consagradas a Heracles<sup>4</sup>. El mundo colonial se convierte en el lugar privilegiado para la integración de los indígenas en el nuevo mundo de las dependencias, simbolizadas en la posición marginal de los héroes primitivos, vencidos, pero acogidos en ese mundo donde se marcan al mismo tiempo las diferencias.

En esa posición se situaba Gerión, hijo de Crisaor, de las generaciones hostiles, contra las que ha luchado Perseo. Pero Crisaor también refleja en su nombre la riqueza del oro, que se halla, como otras riquezas metalíferas, en los extremos del mundo, aquí o en el mar Negro, donde se encuentra el vellocino de oro que busca Jasón acompañado de los argonautas. La riqueza se halla junto al mundo monstruoso de lo primitivo, del héroe Gerión, de tres cabezas, alejado del mundo de la *pólis*. Pero el propio Heracles viaja como un héroe primitivo, con el arco y la piel del león, a la captura de animales y de mujeres, para garantizar el sustento y la reproducción del hombre depredador, y por ello roba el ganado, como otros héroes y dioses, acto heroico en unos casos, pero también punible, como cuando lo hicieron los compañeros de Odiseo con las vacas del sol. El héroe está por encima de la ley, pero también funda ciudades como héroe civilizador, que limpia de monstruos el mundo habitado, creando un valioso precedente del mundo colonial, donde las acciones justas y las acciones injustas se confunden en la historia de las fundaciones. En la narración, de alguna manera, se reproduce la historia económica precolonial, de la caza al cuidado del ganado, posiblemente en el mundo de la transhumancia, con el que el Hércules itálico se encuentra tantas veces relacionado. Pero, al mismo tiempo, se integra la preocupación por la búsqueda de los metales, objeto de los primeros viajes, en los que las posibilidades mayores de obtener el sustento, a falta de campos cultivados, se halla precisamente en el control de la ganadería, en las vías que sirven para ambas actividades, la transhumancia y el transporte de minerales.

Entre los siglos VII y VI, el poeta siciliano Estesícoro, relacionado con el mundo colonial, entre la lírica y la épica<sup>5</sup>, es el portador del primer testimonio conservado que relaciona el viaje de Heracles con el río Tarteso, donde se sitúa el

4. Euforión, frg. 82, L.A. DE CUENCA, Madrid, 1976; Aristóteles, frg. 687R, según Eliano, *Varia Historia*, V, 3.

5. D. PLÁCIDO, "La imagen griega de Tarteso", en J. ALVAR, J.M<sup>a</sup> BLÁZQUEZ, *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, Cátedra, 1992, págs. 83, sigs.

lugar de nacimiento de Gerión, enfrente de Eritía, más allá de las aguas, pero donde también se sitúan las raíces de la plata. De nuevo se mezclan ganado y minerales en una narración heroica, donde comparten méritos Heracles y el héroe monstruoso. El primero es, sin embargo, quien viola la norma, como héroe que vive una realidad previa a la organización de la ciudad. Pero la funcionalidad mítica permite que, al tiempo, el héroe se presente como fundador de ciudades.

Por ello, también Heracles queda identificado, en occidente, con las marcas que delimitan el mundo conocido, al hacerse a través de su viaje una trasposición de la ideología de los límites y de los márgenes. Heracles acude al mundo del ocaso, de la muerte y de los contactos con el lugar que sirve de residencia a los seres marginales, y en su meta fija las columnas simbólicas del fin del mundo habitado, de la ecúmene, las *stélai*. Con ello se convierte en el símbolo de la fijación de los límites en el mundo, los mismos que señalan los límites de la propiedad y de la *chóra*. De este modo, el héroe preurbano se convierte en modelo de la *pólis* y ésta se reviste de los rasgos propios del héroe aristocrático, al que quieren asimilarse el hoplita y el colono.

En efecto, según Heródoto, IV, 152, también los viajeros precoloniales, entre el mito y la realidad, atravesaron, como Coleo de Samos, las columnas de Heracles para ponerse en contacto con el mundo tartésico, rico en oro, punto extremo del recorrido guiado por la divinidad, en una *pompé* simbólica de los rituales que se implantan en el mundo de la *pólis* cuando se trata de controlar en el plano imaginario la *chóra* de ella dependiente. El viaje colonial es al mismo tiempo simbólico del modo de organizarse la ciudad, que precisamente experimenta un importante impulso gracias a la expansión colonial misma. Allí se encuentran los samios, pueblo de actividad empórica precoz, con un *empóron akératon*, un lugar de mercado seguro y protegido, uno de los lugares idóneos para las relaciones precoloniales donde, en ocasiones, los griegos se asentaban como acción previa a la fijación de colonias estables. Los foceos también llegaron, según Heródoto, I, 163, y no quisieron asentarse en la *chóra* que les ofrecía Argantonio, porque sólo buscaban la adquisición inmediata de riquezas. La península no aparece para los griegos como lugar de asentamiento, sino como vía de acceso a riquezas minerales, a las que a veces acompaña, real o simbólicamente, el ganado, pues en ocasiones se mezclan, como en el vellocino de la Cólquide o en los *mêla* de las Hespérides, interpretados a veces, no como manzanas, sino como ganado. Argantonio simboliza así la riqueza, al mismo tiempo que expresa la esperanza de encontrar la acogida hospitalaria propia del primitivo, exótico, extraterritorial, antiguo y rico, capaz de ofrecer regalos en prueba de *philia*, como los feacios de la *Odisea*. Heródoto se encuentra entre el conocimiento y la ignorancia, pues sabe que vienen de lugares lejanos el estaño y el ámbar (III, 115-7), pero no sabe cómo se llaman esos lugares, sólo conocidos

6. W.W. HOW, J. WELLS, *A Commentary on Herodotus with Introduction and Appendixes*, Oxford, Clarendon Press, 1949-50, *ad l.*; R. DION, *Aspects politiques de la Géographie antique*, París, Les Belles Lettres, 1977, pág. 63.

entre el mito y la realidad, en el mismo ambiente en que se produce el encuentro entre el conocimiento mítico y las experiencias coloniales<sup>6</sup>.

Por otro lado, la aparición de la figura de Heracles resulta en sí misma significativa, pues, desde la *Odisea*, para los griegos el mundo de los viajes marinos se encuentra íntimamente relacionado con los navegantes fenicios, de tal modo que son éstos los que proporcionan los objetos de prestigio que la aristocracia ofrece como premio para los vencedores de los juegos, por ejemplo en los funerales de Patroclo, en la *Iliada*, XXIII, 740-749. Las tradiciones míticas reflejan momentos arcaicos de colaboración entre fenicios y griegos, como las que tratan de Dánao y Agenor, situadas precisamente en Rodas, en concreto en Yálisho, donde Diodoro hace alusión a una *sympoliteía*, al tiempo que alude al templo de Atenea en Lindos como lugar de integración. La presencia de fenicios en Yálisho está documentada arqueológicamente<sup>7</sup>, pero los restos griegos y orientales se mezclan en otros muchos yacimientos occidentales, desde Pitecusas al sur peninsular.

Taso era hijo de Agenor y hermano de Cadmo y, en la isla de Tasos, a la que da nombre, dice Pausanias, V, 25, 12, que rendían culto a Heracles griegos y fenicios, como lugar de integración donde también participan los tracios, situación que parece paralela a la del Foro Boario, lugar de encuentro de fenicios, griegos y latinos. Heracles resulta ser así, en más de una ocasión, el héroe más propicio para el sincretismo con el Melkart fenicio<sup>8</sup>. Heródoto, II, 43-44, sabe que los griegos admitían la duplicidad, que había dos Heracles y que el inmortal era el fenicio<sup>9</sup>, pero Plutarco, *De Herodoti malignitate*, 14= *Mor.*, 857e, le reprocha el haber puesto al Heracles egipcio y al fenicio por delante del griego. Heródoto todavía es capaz de percibir los momentos en que griegos y fenicios mantenían relaciones menos nítidas dentro del mundo mediterráneo, donde la colaboración, los intercambios e incluso la indiferenciación se alternaban con momentos de mayor necesidad de distinción, relacionados con las fundaciones coloniales. Heródoto sabe (I, 1) que los primeros que realizaron navegaciones largas fueron los fenicios, mientras que los foceos fueron los primeros de los griegos en llevarlas a cabo. Heródoto sabe que en el momento de las guerras médicas se ponen de relieve las diferencias entre occidentales y orientales y los mitos de colaboración quedan sustituidos por las rivalidades plasmadas en los raptos de mujeres: Europa, Medea, Helena, en el momento de la historia de las ciudades griegas en que se va generalizando el uso de la esclavitud compuesta de individuos comprados o capturados en la guerra y la ideología correspondiente, consistente en afirmar fuertemente la diferencia natural entre griegos y bárbaros para hacer de éstos unos siervos por naturaleza. Para Heródoto, la naturaleza esclava de los bárbaros se manifiesta en su sumisión al déspota, único hombre libre entre ellos. En cambio, la historia de

7. J.N. COLDSTREAM, "The Phoenician of Ialysos", *BICS*, 16, 1969, 1-8.

8. A. GARCÍA Y BELLIDO, "Hercules Gaditanus", *AEspA*, 36, 1963, 70-153; D. VAN BERCHEM, "Sanctuaires d'Hercule-Melkart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée", *Syria*, 44, 1967, 73-109; 307-338; F. COARELLI, *Il Foro Boario*, Roma, Quasar, 1988, págs. 123-4.

9. J. POUILLOUX, "L'Héraclès thasien", *REA*, 76, 1984, 305-316.



Coleo se enmarca en una narración más amplia del mismo Heródoto, IV, 146-150, en que los minias de Lemnos se encuentran en Tera con una colonia fenicia. De este modo, puede decirse que la simbología heraclea no sólo incluye alusiones al ganado y a los metales, sino que, de un modo genérico, incluye referencias a los tipos de viajes, donde resulta improductivo buscar las diferencias claras entre nacionalidades inexistentes, sólo comparables a etnias en formación, uno de cuyos factores está representado precisamente por la realización de los viajes y la constitución de nuevos asentamientos.

Sin embargo, las mismas referencias tienden a hacerse cada vez más definidas, según se van delimitando los conceptos a través de la formación de las ciudades estado en relación con los indígenas a lo largo de todo el Mediterráneo, en los momentos en que, como en Heraclea Póntica, se somete a la población local, los mariandinos, a formas de dependencia parecidas al hilotismo, o los siracusanos marcan claras diferencias con los cilirios, población local convertida en dependiente. Las Guerras Médicas y sus secuelas constituyen sin embargo la clave del proceso de formación del concepto de helenismo como concepto exclusivista, cuando se discute si los macedonios son griegos por la falta de organizaciones estatales o Heródoto define a los escitas por la carencia de instituciones típicas de la *pólis*<sup>10</sup>. De todos modos, el proceso se agudiza en los momentos de la crisis misma de la ciudad estado, cuando los sectores dominantes en el mundo económico e intelectual de Atenas pretenden encontrar la solución a los problemas representados por las luchas entre ciudades y por los conflictos internos en un panhelenismo que terminan definiendo como la alianza de ciudades patrocinada por una potencia externa a ellas. Tras algunas vicisitudes, para Isócrates<sup>11</sup>, la solución ideal viene de Macedonia, cuyo rey Filipo se representa como el nuevo Heracles, capaz de recuperar los mismos límites establecidos por el héroe para los griegos en las columnas, que aparecen definidas, en su *Filipo*, 112, como trofeo de las luchas contra los bárbaros, monumento conmemorativo de la virtud de los griegos y límites (*bórous*) de la *chóra* de los helenos, de su territorio. La concepción imperialista trata de asentarse en la elaboración ideológica que une el pasado y el proyecto de futuro, la lucha contra los bárbaros como culminación de la expansión colonial, identificada por lo tanto con la definición de la identidad de los griegos, y el proyecto imperialista unificador, que pretende buscar la solución de los problemas de la ciudad en el dominio exterior. Por ello el proyecto universal se traduce como una proyección de la afirmación de la propiedad de la tierra, de la *chóra* de la ciudad, señalando los límites de una propiedad individual. Afirmar el imperialismo es afirmar la propiedad, para lo que se utilizan los símbolos referentes al control del Mediterráneo, a los que se ha privado de su carácter sincrético

10. F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, 1980.

11. D. PLÁCIDO, "La teoría de la realeza y las realidades históricas del siglo IV a.C.", en J.M. CANDAU, F. GASCÓ, A. RAMÍREZ DE VERGER (eds.), *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Coloquio, 1988, 37-53; "La recuperación del pasado en la Atenas del siglo IV", en F. GASCÓ, E. FALQUE (eds.), *El pasado renacido*, Universidad de Sevilla-UIMP, 1992, 11-23.

para manifestar en cambio la afirmación tajante de la helenidad, una vez que lo buscado es la consolidación, por encima de la ciudad estado, del sistema social de explotación que antes le servía de sustento a esa misma ciudad.

Desde sus orígenes, en el imaginario de los griegos se han creado importantes simbolismos que, con el desarrollo de los conocimientos derivados de los viajes coloniales, han hecho posible su aplicación al mundo del extremo occidental del Mediterráneo y, en concreto, a la Península Ibérica. Escílax de Carianda, 112, conoce la región y se refiere, más allá de las columnas de Heracles, al promontorio Hermeo, nueva forma de delimitación señalada esta vez por la figura de Hermes, divinidad que suele marcar los límites de los territorios urbanos<sup>12</sup>, y al promontorio Sacro, con lo que el texto se hace relativamente realista al indicar cómo el paso de las columnas de Heracles ha dado lugar a la aparición de nuevas señalizaciones igualmente sacralizadas. Del mismo modo, Herodoro de Heraclea (*FGH31F2a*) se refiere a los cinetes como habitantes de los *eschátois*, lugar de Iberia cercano al Océano. Después se encuentran los tartesios y otros pueblos. Los lugares lejanos y el Océano, conceptos elaborados de manera indeterminada por la mitología más primitiva, se hallan aquí ya integrados en un espacio geográfico reconocible. También Aristóteles, en los *Meteorológicos*, V, 2=362b21-30, utiliza, para señalar los límites de la ecúmene, de occidente a oriente, las columnas de Heracles y la India, con lo que ya se indica la identificación entre las *stélai* que marcan el final del mundo imaginario y el mundo verdaderamente conocido. Conocimiento real de la geografía mediterránea y tradición mítica se van conjugando en la elaboración de una visión que tiende a encontrar la coherencia y la racionalidad, pero que no abandona los aspectos fantásticos que resultan atractivos para un público lector que en general busca este tipo de temas. Ahora bien, la cuestión se complica por la tendencia a configurar una imagen de simbolismo político y económico que ya aparece en la referencia de Isócrates. Ahora, no se trata sólo de imaginar lo lejano, sino de elaborar un mapa mundial que responda a la verosimilitud de su dominio, que represente el mundo controlado a base de la síntesis de los conocimientos reales y de su reflejo imaginario, donde desempeña un importante papel la utilización de imágenes que ya han adquirido carta de naturaleza, admitidas por el hecho de provenir de las tradiciones más venerables de la cultura griega.

De este modo, el conocimiento real del Océano Atlántico permitió que desde época helenística se trasladaran allá las referencias al Océano hechas en la *Odissea*<sup>13</sup>, lo que significaba el reconocimiento de la ruptura heroica de los límites representados por las columnas, también atravesadas por los viajes del mundo colonial, samios o foceos. Así se enlazan los precedentes legendarios con los viajes reales, de igual modo que se hacía con los viajes del propio Heracles. Al mismo tiempo, el desarrollo del conocimiento científico permitía encontrar cuáles eran los límites reales del mundo colonial, en una polémica que se refleja sobre todo en

12. Ver L. KAHN, "Hermès, la frontière et l'identité ambiguë", *Ktéma*, 4, 1979, 201-211.

13. Ver JACOB, *op.cit.*, pág. 23.

la obra de Estrabón. Éste se mueve en una posición un tanto ambigua, pues, junto a sus aspiraciones científicas, pesan también los deseos de enlazar el mundo imperial romano con las tradiciones míticas universalistas.

Es posible que una primera sistematización de los conocimientos míticos de Occidente como lugar donde se desarrollan determinadas historias sea debida a Timeo de Tauromenio, que vivió los dramas de la Atenas sometida al poder de los macedonios<sup>14</sup>, pero se preocupó fundamentalmente de la historia del Mediterráneo occidental, escenario en esos momentos de los primeros síntomas de las rivalidades entre cartagineses y romanos. Timeo se preocupa sobre todo por las zonas de colonización griega y a la península Ibérica sólo se refiere como escenario de la aventura de Heracles y las vacas de Gerión, en una isla frente a Gades a la que llamaba, no Eritía, que según Plinio, *Historia Natural*, IV, 120, recibiría ese nombre por motivo del *mare Erythro* de los tirios, sino Afrodisias, del mismo modo que a Gades la llamaba Potimusa, y no con el nombre púnico de Gadir. El nombre de Afrodisias puede hacer referencia a un posible culto en que Afrodita aparezca como pareja de Heracles, igual que en Sicilia, en paralelo helenizado de lo que ocurre con la pareja Melkart-Astarté<sup>15</sup>.

Es también posible que la obra de Timeo la leyera el autor anónimo del pseudoaristotélico *De mirabilibus auscultationibus*<sup>16</sup>, que, en los capítulos 84-88, se refiere a la presencia de los cartagineses en Iberia, donde destruyeron a la población de una isla más allá de las columnas, pero cuenta que había una vía Heraclea donde estaba protegido el paso para griegos y nativos, gracias a los cual los masaliotas habían hecho muchas riquezas, y que el propio Heracles había realizado el viaje a causa de los ricos minerales de la región. La concreción en las referencias, ligada al mundo de las colonizaciones, específicamente a la de los masaliotas, incluye las indicaciones de la protección prestada por los indígenas, junto al atractivo de las riquezas, pero define claramente la diferencia entre la presencia de Heracles y los griegos y la presencia de los cartagineses. Por otra parte, la vía Heraclea, dice, viene desde Italia, símbolo de los contactos precoces realizados a través del mundo celta y celtoligur, igualmente mencionado allí. La presencia de Heracles, alejada de connotaciones púnicas, comienza a configurarse como símbolo de la accesibilidad de la península desde el mundo colonial griego, paso previo para el acceso de los romanos. El texto pseudoaristotélico también incluye una referencia a las Baleares, lo mismo que otro texto que posiblemente sigue de igual modo la información de Timeo, la *Alejandra* de Licofrón, que hace llegar a las islas a los héroes de la Guerra de Troya en su regreso.

14. A. MOMIGLIANO, "Athens in the Third Century B.C. and the Discovery of Rome in the Histories of Timaeus of Tauromenium", en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, Blackwell, 1977, 37-66.

15. R. MARTÍN, "Introduction à l'étude du culte d'Héraclès en Sicile", en *Recherches sur les cultes grecs et l'Occident. I*, Nápoles, Inst. Français (Cahiers du Centre J. Bérard. V), 1979, 11-17.

16. L. PEARSON, *The Greek Historians of the West. Timaeus and his Predecessors*, Atlanta, American Scholars Press (Philological Monographies of the American Philological Association, 35), 1987, págs. 54, sigs.

Según Plinio, en el capítulo citado, los romanos llamaban Tarteso a lo que otros conocían como Gades y Timeo como Potimusa. La identificación tiene arraigo en los textos antiguos y así aparece en los versos 85-88 de la *Ora maritima* de Avieno, lo que seguramente quiere decir exclusivamente que la identidad de Tarteso, concebida como ciudad, sólo podía verificarse, para los griegos del mundo de la *pólis*, en relación con la ciudad fundada por los fenicios<sup>17</sup>. En la *Orbis descriptio* atribuida a Escimno de Quíos (139, sigs.), que se refiere al mundo colonial cuando menciona la fundación masaliota de Ménace, la última (*escháten*) de todas las ciudades griegas, cerca de las columnas de Heracles, en la puerta del Atlántico, se alude a Eritía como isla rica en ganados, a Gadir como *apoikía* de mercaderes fenicios y a Tarteso como *pólis* productora de oro y bronce, con lo que se constata una cierta diferenciación de funciones, aunque destaca la condición extrema de la región, su carácter ganadero y la producción de metales. El texto se incluye entre los fragmentos de Éforo (FGH70F129b).

La imagen así elaborada tuvo una enorme productividad en la configuración de los símbolos con que se identificaba la península en la época de la conquista. Según Apiano (*Iberia*, 54), en el año 151, Lúculo reclamaba a los habitantes de Intercatia oro y plata, porque creía que Iberia entera era *polychrison...kaì pol-yárgyron*, abundante en oro y plata, pero ni lo tenían ni le daban ningún valor. Aquí se introduce un nuevo aspecto, el que define el carácter primitivo de los pueblos de la península que no han accedido a la economía monetaria. Según Diodoro, V, 35, 4, los indígenas no conocían la utilidad de la plata antes de la llegada de los fenicios. El autor recoge, muy probablemente, la visión estoica de Posidonio que, durante el período helenístico, extiende una actitud "paternalista" acerca de la humanidad en el período coincidente con la conquista romana del Mediterráneo. Los estoicos, contrarios a la esclavización, como si se tratara de mercancías, de las poblaciones conquistadas, práctica que ya ha provocado revueltas en Sicilia, bien conocidas por Diodoro, ofrecen una alternativa imperialista más cercana al platonismo y al hilotismo, basada en la sumisión colectiva de poblaciones que permancen teóricamente libres<sup>18</sup>. Por eso Diodoro denuncia la explotación de los esclavos por parte de los romanos y, en cambio, alaba con gusto la práctica de los vacceos (V, 34, 3), capaces de distribuir la tierra y poner en común sus frutos. Sin embargo, el propio Diodoro (V, 31, 1) refleja la doble cara de los habitantes de la península, crueles con los enemigos y humanitarios con los huéspedes, capaces, por tanto, de llegar a la colaboración pacífica, lo que en otras ocasiones llaman "pacto de servidumbre", donde todos pueden estar contentos, explotadores y explotados.

17. J. ALVAR, "Tartessos-ciudad=Cádiz. Apuntes para una posible identificación", *Gerión. Anejos II. Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Profesor Santiago Montero Díaz*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, 295-305.

18. L. CANFORA, *Una società premoderna. Lavoro, morale, scrittura in Grecia*, Bari, Dedalo, 1989, págs. 117, sigs.

Las relaciones con los habitantes de la península por parte de los romanos fueron desde luego variadas y respondían a actitudes dominantes, donde, si en algunos casos predominó el pacto, también fue frecuente la sumisión violenta y la resistencia. Por eso subsiste la imagen monstruosa del primitivo bárbaro, violento con los enemigos, dedicado al latrocinio, como los lusitanos, ante los que el mismo Diodoro (V, 34, 6-7) habla de los esfuerzos de los romanos por hacerles abandonar las prácticas violentas. Aun así, la violencia continuaba, justificada, según Apiano (*Iberia*, 100), en la extrema penuria que obligaba a los de Colenda a practicar la rapiña, a pesar de haber sido asentados por Marco Mario en el año 98. Por otro lado, uno de los modos de aprovechamiento de tales poblaciones era su enrolamiento como mercenarios, para conseguir algún premio después de haber estado "persiguiendo ganado por los vastos montes de Lusitania y Celtiberia", según las palabras que Tito Livio (XXI, 43, 8) pone en boca de Aníbal en un discurso pronunciado ante sus tropas en Italia. Por eso, para Floro (I, 33, 15), la figura de Viriato, jefe militar, representa el inicio de un proceso frustrado por la presencia romana, que pudo pasar de ser un *latro* a convertirse en *dux* e incluso en *imperator*.

Una vez establecido el Imperio de Augusto, el esfuerzo simbólico se dirige de nuevo a la fijación de las zonas limítrofes que marquen el final del territorio controlado, identificado ahora con la ecúmene. Estrabón identifica a Gades con el final, como hacían los itinerarios y los miliarios que hablaban de la vía de Roma a Gades<sup>19</sup>, simbólica del recorrido hasta los extremos. Ahora bien, como Estrabón conoce el poema de Estesícoro sobre el viaje de Heracles que va de Tarteso a Eritía a través del Océano, se ve obligado a identificar Eritía con Gades y a situar Tarteso necesariamente antes, pero pasadas las columnas, lo que da el protagonismo a Carteya (III, 2, 14), potenciada así como colonia romana, arraigada en un pasado de gran prestigio. En su obra, Gades pasa a considerarse un lugar de la *eschatía*, pero en constante contacto con Roma, lo que hace de ella y de la Bética la zona más civilizada de la península. También para Plinio, III, 3, la *origo* se encuentra *ab occasu solis et Gaditano freto*, más allá de Calpe, *laborum Herculis metae*. Pomponio Mela, que de igual modo identifica Tarteso con Carteya (II, 96-97), termina el recorrido de la costa europea con Gades, con lo que queda también integrada en el mundo civilizado la antigua Tarteso, pero en cambio Eritía, donde habitaba Gerión, queda trasladada a Lusitania (III, 47), lo que da una nueva productividad al mito, como factor simbólico de diferenciación de las provincias.

EL Atlántico se generaliza como frontera occidental del territorio controlado a partir del proceso de conquista, enunciado ya como aspiración por Polibio (I, 2, 27), cuando buscaba que toda la ecúmene estuviera bajo una sola *arché*<sup>20</sup>. Posiblemente

19. P. SILLIÈRES, "El camino de Aníbal", *MCV*, 13, 1977, 31-83; R. CHEVALIER, *Les voies romaines*, París, A. Colin, 1972, pág. 178.

20. C. C. NICOLET, *L'inventaire du monde*, París, Fayard, 1988, págs. 43-44; N. DUPRÉ, "Front, frontière, frontières dans le nord-est de l'Espagne romaine", *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13, Teruel, 1989, 173-187.

sea Estrabón quien mejor defina la simbología hispana al integrar el pasado griego colonial en la concepción imperial, donde además no sólo es capaz de expresar el carácter de límite del territorio controlado, sino también la diversidad hispana como reflejo de la heterogeneidad de la ecúmene, factor fundamental para la explotación de un mundo que produce todos los recursos, orientados, eso sí, hacia Roma, donde se insiste, por otra parte, en la capacidad del Imperio para acabar con la barbarie y reducir a todos los pueblos al control de la civilización<sup>21</sup>. De este modo se sintetiza la imagen simbólica de la península Ibérica como representación del mundo unificado, pero producto del esfuerzo romano, heredero de todos aquéllos que anteriormente han atravesado los límites de las columnas y se han enfrentado con su barbarie o han pactado con sus hospitalarios habitantes primitivos para la extracción de las riquezas características de los lugares extremos del mundo. Las fronteras de lo infranqueable se atraviesan en la colonización y se definen simbólicamente como límites de la posesión heterogénea del Imperio romano. En III, 4, 5-6, se sintetiza la historia de la península, desde el particularismo ibérico, a través de la presencia de los tirios y cartagineses y de las luchas representadas por Viriato y Sertorio, hasta el momento en que los romanos tuvieron a todos los pueblos bajo su control. La imagen funcionaba, porque Cicerón, en *Pro Balbo*, XIX, atribuye a César el final de la barbarie, que justifica el proceso de integración de personajes como el defendido. Pero se conservaba la imagen primitivista, pues se decía que Augusto había establecido la estatua de Júpiter Tonante en el Capitolio, como consecuencia de la protección que había recibido en las Guerras Cántabras, pero su posición como *Ianitor*, como portero, lo colocaba en situación de dependencia con respecto al Júpiter Capitolino, verdadero representante de la acción imperialista de los romanos<sup>22</sup>.

Luego, durante la época de explotación imperial, se conservan los esquemas y todavía Marcial (I, 49) habla, como si de la Arcadia se tratara, de las posibilidades de amortiguar el calor, *aureo...Tajo*, en el Tajo dorado, mientras Tácito (*Anales*, VI, 19, 1) se refiere a otra realidad, relacionada con esta imagen, cuando menciona las *aurarias* <*argentarias*>que, las minas de Sexto Mario confiscadas por Tiberio por el incesto cometido con su propia hija. La riqueza y la monstruosidad vuelven a aparecer unidas en la imagen del mundo lejano, a pesar del proceso romanizador.

Riqueza, barbarie y posición definida en los límites son los elementos duraderos de la imagen simbólica, representada en la inscripción del *Sebasteion* de Afrodiasias, donde los galaicos aparecen como quienes marcan el extremo occidental del mundo, del mismo modo que el Océano era el único límite del mundo, el que podía ser también límite del Imperio romano<sup>23</sup>.

21. D. PLÁCIDO, "Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", *Habis*, 18-19, 1987-88, 243-256.

22. D. PLÁCIDO, "La conquista del norte de la península Ibérica: sincretismo religioso y prácticas imperialistas", *Mélanges Pierre Lévêque. I*, París, Les Belles Lettres, 1988, 229-244.

23. R.P.R. SMITH, "*Simulacra gentium*: the *Ethne* from the *Sebasteion* at Afrodiasias", *JRS*, 78, 1988, págs. 57, sigs. Ver J. ARCE, "Estrabón sobre la Bética", en J. GONZÁLEZ, *Estudios sobre Urso*, Sevilla, 1989, 213-221.

La imagen simbólica permanece, también en otros aspectos, hasta época tardía, tanto que todavía Orosio (I, 2, 2) mantiene los mismos puntos de referencia: *Europae in Hispania occidentalis oceanus terminus est, maxime ubi apud Gades insulas Herculis columnae visuntur...* E incluso, Gregorio Nacianceno (*Oratio*, 43, 24) pensará que no es posible ir más allá de Gadir. Paralelamente, también en época tardía, la correspondencia entre Ausonio y Paulino muestra cómo se adaptaba a las nuevas circunstancias de la crisis la imagen de la barbarie y de la civilización que hacía eficaz la intervención y la explotación peninsular, de modo que todavía Olimpiodoro se refiere a los viajes de Odiseo y sitúa el itinerario en el Océano, ya geográficamente conocido, con el ánimo de defender la intervención de los emperadores de Oriente en el mundo occidental. Allí la crisis hace más incontrolable el proceso que arrastra al Imperio hasta situaciones sociales y económicas en que es difícil el sostenimiento de los presupuestos sobre los que es posible el mantenimiento del paganismo<sup>24</sup>.

En conclusión, varias son las claves que, nacidas en el mundo de la Protohistoria de modo geográficamente indeterminado, se adaptan a las nuevas realidades, ya controladas, en la época de la colonización, para convertirse finalmente en el fundamento ideológico del Imperialismo, como imagen contradictoria que justifica los diferentes modos de actuación y contribuye a crear una simbología que da solidez en el imaginario de los romanos a su conciencia del mundo, base que se transforma, una vez que el mundo romano entra en crisis, para permitir los vehículos de control del proceso evolutivo hacia la aparición de una nueva sociedad.

24. D. PLÁCIDO, "La imagen del extremo occidente en la historiografía griega tardoimperial", *Erytheia*, 13, 1992, 7-16.